



MISCELÁNEA POLIANA

Revista de prepublicaciones del
Instituto de Estudios Filosóficos
LEONARDO POLO

SERIE DE FILOSOFÍA, nº 25 (2009)

NOTA SOBRE LOS HÁBITOS INTELECTUALES.

A PROPÓSITO DE UN LIBRO DE SELLÉS SOBRE EN TOMÁS DE AQUINO

Alejandro Rojas Jiménez

Universidad de Málaga

I. A propósito de una teoría de la inteligencia

El libro de Juan Fdo. Sellés consiste fundamentalmente en una excelente exposición y clasificación acerca de los hábitos. Pero ciertamente, dicha exposición y clasificación no es un fin en sí mismo, sino un paso más en pos de un proyecto que es más amplio, y bajo el cual se subsume la clasificación y exposición que Sellés nos presenta.

Dicho proyecto se retrotraería como mínimo hasta 1995, a la publicación de *Conocer y amar. Estudio de los objetos y operaciones del entendimiento y de la voluntad según Tomás de Aquino*, pero seguramente incluso antes. Y consiste en la intención de presentar la Teoría de la inteligencia de Tomás de Aquino como lugar desde el que otear y afrontar la actual situación de crisis de la teoría mediante una filosofía que defiende la libertad de la inteligencia para incrementarse como facultad^[69]. Esto es algo que el propio Sellés le descubre al lector cuando éste lee la introducción. De algún modo se trata de una indicación fundamental que corre el riesgo sin embargo de desvanecerse ante la profusa clasificación que Sellés lleva a cabo, en tanto que el esfuerzo clasificatorio puede hacer olvidar al lector que debe situarlo siempre en torno a aquel proyecto más amplio desde el que recibe su sentido originario.

Aunque ciertamente la valoración del trabajo de Sellés podría hacerse simplemente atendiendo a la clasificación efectivamente realizada, considero una injusticia para con la obra desatender el propósito de fondo de la misma. Y ello a pesar de que dicho propósito fundamental puede llegar a quedar ocultado por una profusa clasificación que es meritoria en sí misma -y por ser meritoria en sí misma-. Con la intención de hacer plena justicia al esfuerzo que manifiesta el trabajo de Sellés, lo que

haré a continuación será comentar la labor llevada a cabo en relación a ese proyecto de fondo desde donde recibe su pleno sentido. Esta intención no puede limitarse a una mera recensión del libro de Sellés, porque no puede atender sólo a lo efectivamente hecho.

Seguramente una reseña de lo hecho sería más que pertinente, pues considero que el mérito real del libro es haber conseguido presentar con éxito una clasificación y ordenación de los hábitos. Pero si esta clasificación responde a un proyecto más amplio, un comentario que vaya más allá de lo realmente hecho debe aportar alguna indicación interesante acerca de la clasificación en cuestión. Dicho comentario no deberá hacer cambiar la consideración de que la obra de Sellés constituye un gran esfuerzo y manejo de las fuentes que es digno de elogio. De hecho la labor es tan compleja y digna de reconocimiento que en más de una ocasión el propio autor ha sido desbordado por la profusión de la misma, y a veces el libro presenta desórdenes mejorables a la hora de tratar los temas anunciados por los distintos capítulos^[70].

Ahora bien, es manifiestamente visible que una clasificación y ordenación de los hábitos, aunque pueda servir en algún caso para que algún investigador reoriente su actividad teórica desde la recuperación de la noción clásica de hábito, sin embargo no la provoca necesariamente, y lo más importante, ni siquiera ella misma es un ejemplo de dicha reorientación. Podría decirse que en la virtud de la recopilación se desvanece la actitud reivindicada, no sólo porque le pueda llegar a pasar oculta al lector, sino porque en la obra de Sellés la clasificación llega a tener un papel central, desplazando al proyecto que en principio debía haber constituido el núcleo de la investigación.

Y no digo tal cosa por cuanto considere que se trata de una exposición no comentada o no pensada, pues esto sería manifiestamente falso, sino porque aunque la exposición presentada encaja con la actitud reivindicada –pues en principio poco parece más propio para una recuperación de la noción de hábito, que su exposición y clasificación- sin embargo, y en la medida en que cuando se recurre a la noción de hábito es por cuanto que desde el conocimiento de *mi* operación es posible un progreso en las operaciones intelectuales y un incremento de la inteligencia como facultad al desvincularla de sus principios naturales y hacer que sean estrictamente suyas^[71], lo cierto es que en la medida en que se relega a un segundo plano esta Teoría de la autognosis, llegando a perderse la prioridad del hábito a favor del acto, debemos asentar que la clasificación llevada a cabo no responde al ordenamiento de los hábitos según el cual cabe esperar la liberación de la inteligencia reivindicada. No se trata de una valoración personal. Lo que quiero indicar es que en la propia exposición de Sellés puede observarse cómo la estructura misma de la ordenación está orientada hacia una prioridad del hábito acorde con el propósito originario, y cómo, en contraposición, el empeño clasificatorio llega a desconsiderar dicha ordenación hasta el punto de que se llega a negar dicha prioridad del hábito sin la cual el propósito originario no es viable, y perdiendo la ordenación lo que debería ser su auténtico sentido.

El punto decisivo para este comentario lo situaré en la exposición del paso del hábito de los primeros principios al hábito de sabiduría, en la medida en que, en contra de lo que cabía esperar atendiendo a la exposición precedente, Sellés no establece que lo realmente importante en lo que respecta al conocimiento de la realidad como principio no es pensar el fundamento (la realidad como principio), no establece que lo importante está en el autoreconocimiento de la razón que descubre en la realidad como fundamento algo independiente respecto de sí misma (hábito de los primeros principios). El orden que nos presenta Sellés de los hábitos está hecho en función del siguiente esquema: el progreso de las operaciones está subordinado al reconocimiento de la operación. Así, cuando Sellés trata las operaciones previas a la fundamentación prioriza el hecho de que es posible una comprensión de la operación ejercida en virtud de la cual se produciría un mejor conocimiento de la realidad como contra-distinto de ella. Así hasta llegar a la operación de la fundamentación. Es entonces cuando no se respeta este tratamiento y el autoreconocimiento de la razón conociendo la realidad como fundamento se expone como una mera toma de conciencia de la operación en la que la operación es lo realmente importante. Pero me parece mucho más oportuno, incluso más en sintonía con el orden presentado por Sellés, defender que el auténtico logro de la autocomprensión de la razón como conociendo la realidad como fundamento no es la operación que conoce el tema (la realidad como fundamento), sino la razón que vuelve sobre el método (autognosis).

Me atreveré a sugerir que aquí está funcionando una idea propiamente idealista (incluso hegeliana) que no creo introducir injustificadamente, aunque pudiera parecer que sí sobre todo por la escasa referencia a Hegel en el libro y que está plenamente justificada al tratarse de una obra que pretende exponer los hábitos intelectuales según Tomás de Aquino. Digamos que este remanente idealista está presente en la ordenación, pero ausente del realismo de Tomás de Aquino, por lo que clasificar los hábitos expuestos en la ordenación según el corpus tomista hace perder el sentido originario de la ordenación.

Ahora bien, que la Teoría de la autognosis a la que apunta la ordenación de Sellés no está en Tomás de Aquino, no significa que no pueda rastrearse cierta ejemplificación de aquella Teoría aunque de manera implícita. El peligro está en intentar hacer encajar en una clasificación propiamente tomista el orden y estructura de una Teoría de la autognosis que no está explícitamente en el *corpus* tomista. O dicho de otra manera, siendo verdad que la Teoría de la autognosis funciona implícita en la filosofía tomista, no se puede decir sin embargo que el ordenamiento de Sellés responda a la doctrina de los hábitos intelectuales según Tomás de Aquino (como promete el título). De modo que, podemos establecer que la meritoria clasificación (que es meritoria en sí misma) significa un estupendo análisis que demuestra, atendiendo a las fuentes, que la Teoría de la autognosis que da lugar a la ordenación que presenta Sellés está *en* Tomás de Aquino, aunque no pueda ser clasificada según Tomás de Aquino.

Seguramente ni siquiera el propio Sellés tome plena conciencia de este mérito de su investigación, en tanto que su empeño por una clasificación estrictamente tomista le llega a hacer perder de vista aquella teoría de la autognosis sin la cual entiendo que la ordenación presentada pierde su sentido justificado.

El propio Sellés intenta salvar esta observación recurriendo a comentarios del tipo: “en el corpus tomista son abundantes las referencias al acto de concebir y a lo concebido por él, incluso con el mismo vocablo, pero no al hábito conceptual. Tampoco encontramos referencias a este hábito en los comentaristas tomistas y en la bibliografía actual. Con todo, sabemos que para Tomás de Aquino existe un hábito conceptual porque la voluntad puede usar del acto de concebir”^[72]. Pero mucho más lógico es situar fuera de la filosofía tomista el sentido de la ordenación. Concretamente éste debe buscarse en la filosofía de Leonardo Polo^[73]. Lo que ha encontrado Sellés en Tomás de Aquino, en tanto que el Aquinate está a la altura del conocimiento de la exterioridad e independencia de los primeros principios, es una prueba de la veracidad de la propuesta poliana, que sin embargo no valdría como prueba del origen de la propuesta poliana. Por ello Sellés puede justificar en los textos la presencia de dichos hábitos en Tomás de Aquino –algo que hace demostrando un gran manejo de su obra-, pero no se habla de tales hábitos según Tomás de Aquino, sino de tales hábitos en Tomás de Aquino.

Quiero hacer notar además que sólo cuando se entiende que el gran descubrimiento cuando se piensa la realidad como fundamento es el de la autocomprensión de la razón que entiende su operación que conoce el fundamento, puede entonces entenderse la superioridad del hábito de sabiduría sobre el hábito de los primeros principios, y más aún, que el hábito de sabiduría exija haber alcanzado antes el estadio del hábito de los primeros principios. Y ello en tanto que desde el hábito de sabiduría se produce una vuelta hacia sí como un acto de ser distinto del ser real que sólo es posible después de haberlo pensado como fundamento que existe independientemente de mí (y por ello, independientemente de su fundar).

Como Sellés no observa esto, tiene problemas para distinguir el hábito de sabiduría del hábito de los primeros principios^[74]. De haberse mantenido en la prioridad del hábito hubiera sostenido que el hábito de sabiduría es el hábito desde el que se reconoce el ser humano pensándose y, en consecuencia, como otro acto de ser –personal- además del fundamento. De hecho ésta es la tesis defendida por Polo en su Antropología trascendental. Y no recorro a Polo en busca de autoridad por *hominem*, sino porque precisamente es en su filosofía el único lugar donde explícitamente pueden leerse esas nociones de hábito conceptual, abstractivo, judicativo, etc. que Sellés ha rastreado en la obra filosófica de Tomás de Aquino.

Si fuera así, y efectivamente son ideas de la filosofía poliana las que han permitido la clasificación de Sellés (y aunque no expresamente las referencias a las obras de Polo son prácticamente definitivas para esta aseveración), entonces nuevamente estará justificada mi tesis anterior de que el hábito es superior al acto,

pues es algo que va en consonancia con la pérdida de actitud realista que acompaña a la filosofía idealista donde debe buscarse el auténtico interlocutor de L. Polo^[75], que no es la filosofía tomista.

II. Acerca de la meritoria recopilación y ordenación llevada a cabo

Es preciso reconocer a Juan Fernando Sellés haber realizado un compendio que permita la difusión de una filosofía cuya recuperación parece ser necesaria para afrontar la actual devaluación de la actitud teórica. Dicha recopilación de citas y nociones clásicas es meritoria incluso cuando se evalúa la obra simplemente desde el punto de vista de su valor formativo para el nuevo perfil del estudiante de filosofía con carencias patentes en latín. El libro de Sellés ciertamente permite a una futura y presente generación de jóvenes filósofos con carencias importantes de un idioma sin el cual es difícil acercarse, salvo por obras como la de Sellés, tomar contacto con nociones fundamentales como la noción de hábito. Si a esto añadimos el preocupante rechazo de la filosofía medieval en algunas Universidades públicas, no cabe más que alabar la interesante labor formativa que el libro de Sellés supone.

Si bien, y si fuera cierto que tal es el mérito fundamental de la obra, resulta que los comentarios y reflexiones añadidas por el autor contaminan dicho propósito. Ellas son necesarias cuando el proyecto es más amplio que la clasificación y exposición de los hábitos (como así parece ser en un principio), pero si definitivamente resulta que no es así, entonces la reflexión perjudica la claridad expositiva. Ejemplo es el capítulo 7 donde es confusa la noción de abstracción, que a veces identifica con los conceptos (p 177) y otras veces se distingue (p 234). La confusión es introducida por el hecho mismo de que Sellés unas veces trabaja pegado a los textos y otras con ideas que provienen de fuera de los textos, y esto genera situaciones confusas como referirse al concepto como abstracción formal –del universal- en unos lugares, mientras que en otros se había indicado que el concepto (*unum in multis*) no se puede lograr mediante abstractos, porque para llegar a ese *unum* había que progresar desde el abstracto hacia la operación de concebir. Quiero decir, definir el concepto como abstracción de la forma es confuso, si no erróneo en atención a lo que se acaba de decir, y parece pretender antes un acoplamiento de la filosofía tomista a una clasificación externa, que a una mera cuestión nominal^[76]. Y es que en sentido propio, y siendo fiel a lo que el propio Sellés comenta cuando habla de la generalización, la forma no se puede abstraer porque los abstractos no son lo real (acusación sofística). Cosa distinta es decir que la forma se puede concebir como causa^[77] (primer nivel de la explicitación del fundamento), como también se puede leer en la obra de Sellés.

Esta confusión no creo que se deba tanto a un error de las ideas desde las que pretende clasificar la obra de Tomás de Aquino, sino a la *petitio principii* de que es una clasificación *según* la obra de Tomás de Aquino. Por ello además las confusiones desaparecen siempre que el autor expone las ideas sin referirlas a los textos tomistas.

Lo cual no invalida el hecho de que Sellés ha logrado efectivamente mostrar que en la filosofía tomista funcionan aquellos hábitos intelectuales aunque no explícitamente; lo que significa es que en Tomás de Aquino no hay una defensa de la Teoría de la autognosis que es en última instancia lo que el ordenamiento de Sellés expone – aunque seguramente no de un modo suficientemente consciente-. O dicho de otra manera, lo que Sellés ha demostrado es que la Teoría de la Inteligencia de Tomás de Aquino es acorde con una teoría de la autognosis llevada a cabo desde un buen conocimiento de la obra tomista, pero que va más en la línea de continuar, corregir y ampliar el proyecto del idealismo alemán -y en consonancia más en la línea de buscar el autoconocimiento personal (antropología trascendental)-, que en la línea de mejorar la teoría de la inteligencia tomista. De modo que ésta es sólo una buena herramienta para un objetivo que es externo a ella misma: reorientar la actual situación de la teoría, donde el pensar ha dejado de ser pensado como una actividad libre del *intellectus*, mediante el rescate de la noción de hábito.

III. Acerca del meritorio proyecto al que responde la obra

Si el proyecto fundamental es recuperar la teoría de los hábitos para afrontar la actual crisis de la teoría y de la libertad de la razón, entonces la última parte dedicada al hábito de sabiduría debería haber sido la central y nuclear de la obra. Es cierto que algo de esto hay, en el sentido de que se coloca en el lugar más alto de la teoría de la inteligencia expuesta, pero es distinto el lugar más alto que el lugar central. Quiero decir, no es sólo el lugar más alto, sino que además es el lugar en virtud del cual toda la anterior clasificación tiene sentido.

No se trata sólo de que su tema sea el más alto (*sapientia est de divinis*), sino de que toda la teoría de la inteligencia está presentada como un progreso intelectual hacia el conocimiento de la existencia personal. Éste es el núcleo de la exposición que el propio Sellés hace, pero que él mismo no acaba de percibir. De hecho, no es problemático^[78] pensar la existencia personal humana, sino que es el lugar de llegada del orden presentado por el propio Sellés. En rigor me da la impresión de que mucho más coherente con la exposición presentada hubiera sido sostener que sólo desde el conocimiento de la existencia personal como además de la existencia real es posible llegar (¡pensando la existencia personal! –y esto quiere decir yendo *hacia dentro*) hacia una existencia plenamente personal en la medida en que al pensarse piense otra persona (Dios hecho hijo), pues es de todos experimentado que al pensarnos a nosotros mismos no pensamos a nadie (y nosotros mismos somos alguien^[79]), de modo que al buscarnos como personas encontramos a Dios. En consonancia con Eckhart aquí parece funcionar una tesis semejante: ni Dios, ni nosotros, somos nada. Obviamente aquí hubiera resultado un tratamiento menos aristotélico y, por ende, menos tomista, lo cual parecería contradecir el propósito del libro si atendemos a su título, salvo que su título no responda fielmente al propósito de fondo del libro, el cual, como se ha

intentado mostrar a lo largo de este comentario, no acaba de materializarse bien en lo efectivamente hecho.

El interés por la clasificación y exhaustividad puede ser la responsable de no haber advertido lo que a mi juicio es un asunto central dentro de la propia exposición de Sellés. El hecho de que se “entretenga” (¡con lo que sin duda supone un valioso trabajo recopilatorio y de ordenación!) por ejemplo con los hábitos denominados de la razón práctica -del consejo al mandato pasando por el juicio práctico¹⁸⁰¹- contribuyen a despistar la atención de ese asunto central mencionado y sólo desde cuya profundización cabe responder al proyecto más amplio al que se subordina la obra y desde el que me he atrevido a afirmar que cobra auténtico sentido el ordenamiento llevado a cabo por el propio Sellés. Al no ser así, y al no llevar a cabo una antropología trascendental, el propósito principal declina en virtud de un propósito no menos interesante: una excelente clasificación exhaustiva acompañada por una opulenta y magistral recopilación de textos fundamentales que harán las delicias de jóvenes investigadores como de hecho es mi caso, y por lo que no me cabe más que agradecer a Juan Fernando Sellés el enorme aliento que supone su obra para estudiar lo que de un modo u otro (más como inspiración que como *demonstrandum*) me ha hecho ver como la única salida para escapar de la actual desorientación de la teoría: la vuelta a la filosofía clásica.

Entiendo que el libro era necesario y recomiendo apasionadamente su lectura y estudio, habiéndome atrevido a hacer algunos comentarios más o menos osados que sólo obedecen al interés y agrado que el trabajo de Juan Fernando Sellés ha despertado en mí.